

La leyenda de la rosa de hierro

Rebeca Alvarez



Capítulo 1

La noche cubría todo como el agua llena el vacío de una cueva. Se escurría por el cielo y se filtraba entre las nubes grises y espesas. Las estrellas centellaban cuando la oscuridad las tocaba y aparecían después de las líneas rojizas y naranjas que había dejado la despedida del sol. Ahora ya no había calor alguno, el viento tomó vuelo y golpeó los lados del globo aerostático que nos sostenía en medio del negro cielo. La canasta en la que nos refugiábamos se mecía de un lado a otro casi de manera frenética. Angelus ya no tenía el control, lo vi en sus ojos. De un momento a otro caeríamos al vacío si no apurábamos una decisión. Pero ese no era mi trabajo, yo no era la que tomaba las decisiones. Mi papel era otro, no podía corregir el camino o descubrir la puerta secreta o elegir un final para conducir la misión. No, mi deber era...

¿Qué hacemos?

La voz de Ana entre los silbidos del viento me hizo reaccionar entre en temor que me embargó al ver a Angelus sumergiendo su rostro en preocupación. La miré. Su rostro se volvió más pálido con la luna adornando su cabeza. Sus ojos se hundieron al mirarme, su cabello parecía un enjambre alrededor de su rostro. Ella ya había empezado a caer.

Deben saltar- Angelus tomó fuerzas y ató la cuerda que funcionaba de timón a un lado de la canasta. Volcó todo su peso en sus pies para mantenerse erguido entre el movimiento y se dirigió hacia mí.

Se tumbó a mi lado como si se hubiera llevado todas sus fuerzas en conseguir dar esos cuatro pasos y alargó su mano a una paquete atado a la canasta por dentro.

Van a tener que saltar – me dijo de nuevo como si no lo hubiera escuchado la primer vez.

Y sí, creo que tenía razón. No había comprendido lo que esas palabras significaron hasta la segunda vez que las escuché. Mis tripas se contrajeron en un espasmo de terror. Saltar, caer, golpear el suelo...

No – dije pero una oleada de aire frío cerró mi garganta. Van a tener que hacerlo – repitió Angelus preparando con sus manos las telas que había sacado. – se pondrán esto... no les puedo asegurar nada pero disminuirá la fuerza de su caída.

Anna se volvió de piedra, la miré sin saber qué hacer, ¿qué consuelo dar? ¿Cómo pensar en otra opción cuando mi cerebro se congelaba cada vez más en el vacío de la noche? Sentí náuseas. Anna seguía mirando a

Angelus en su labor desenfrenada por darnos los trozos de tela que nos deberían ayudar a sobrevivir lo mejor atados posible, aunque el movimiento le dificultaba la tarea por mucho. "Yo podría" pensé, pero dejé esa opción atrás. Necesitaba a Anna, ella era mi cuartada. Mi hermana, mi propia familia. Si la dejaba atrás no podría hacer nada más. Pero cada vez se hacía más molesto cargar con ella y con su bebé al mismo tiempo. Era cansado y fastidioso. La vi de nuevo petrificada, con las manos aferradas a su vientre ya abultado. Esperé a que Angelus me diera una señal, pero solo continuaba su labor maldiciendo de vez en cuando.

Anna – le dije. – tendremos que saltar.

Me miró casi con súplica, no quería hacerlo. Pero sabía que no había otra opción así que solo dejé que lo asimilara en el tiempo que Angelus terminó.

Ya está – Angelus me entregó los segmentos de tela que me correspondían y gateó hacia Anna para ayudarle con los suyos.

No me asombró, desde antes de quedar embarazada mi hermana solía desprender esa cosa que hacía que las personas le tuvieran apego fácilmente. Me servía también a mí aunque no directamente. Tantas atenciones recibidas en su vida y aun así nunca estaba conforme con lo que poseía; desde el juguete más costoso en nuestra infancia, hasta los ojos y manos del mejor hombre en el pueblo. La vida era así para ella y yo estaba a su lado, dependiendo de sus travesuras y rabietas. Era mi hermana, ese era mi lugar.

Angelus me miró en señal de todo estar listo, parecía que ahora yo tomaba el control, mis pensamientos me habían calmado un poco pero al tratar de ponerme de pie el miedo regresó. Caí en cuclillas y casi vomité de no haber sido porque no llevaba nada en el estómago. Mis ojos se nublaron a pesar de estar abiertos, querían engañarme para evitar saltar. Sentí unas mano húmedas un mis brazos, era Anna, de nuevo, como fénix resurgiendo de las cenizas...

Debemos hacerlo, si esto se cae... y nos encuentran con Angelus, seguro lo asesinan y a nosotras con él.

Me repuse, no por lo que Anna había dicho. Simplemente lo hice. Tomé las puntas de las telas y le dije a Anna estar lista. Sus ojos templaron pero se puso de pie.

Gracias...Angelus... -dijo entrecortada.
Fue un placer señoritas...

Angelus era un pirata. No le quedaban bien esas palabras en su boca. Por un momento lo que me había atraído de él se fue. Hasta que miré la

cicatriz en su ojo izquierdo, una quemadura en forma de llave. Había trabajado para el rey y también se había volteado contra él. Un traidor, condenado a muerte... tal vez esas palabras se habían escapado de su vida pasada.

Memoricé su espalda cuando volteó para retomar el mando de su nave y darnos un poco de estabilidad. Tomé aire y traté de dar calor a mis manos entumecidas alrededor de las telas. Apreté los puños hasta sentir mis uñas encajándose en mis palmas como si fueran un cerrojo cerrándose... y salté. Anna gritó junto a mí y de pronto, las dos cayendo al mar de oscuridad que se expandía bajo nosotras pensando solamente en lo rígido que el suelo puede ser... las telas se abrieron y nos jalaban hacia arriba y luego de nuevo hacia abajo... el viento nos separó nos movió y nos volteó... una de mis manos casi se suelta pero pude contenerla... no tardé en sentir lo cerca de la tierra. Caí entre pastizales y golpeé mis rodillas y codos, sentí la sangre resbalar por mi cuerpo que la recibió tan cálida que casi la agradeció después de la caída que me congeló hasta los huesos...

Anna – susurré...debía encontrarla...tenía que...